

20 AÑOS PRENSA LIBRE



El Mensajero cumple 20 años. Es una buena noticia porque la pervivencia de toda publicación es de celebrar, si de veras se cree en la libertad de expresión y en su hijuela, la libertad de prensa. El que un medio modesto subsista y sirva de cauce para que los lectores puedan acceder a las reflexiones (u ocurrencias, si se terciá) de quienes en él escribimos, es motivo de reconocimiento hacia sus editores, sin cuyo esfuerzo esto no sería posible. Es cierto que esta revista tiene un altísimo componente de promoción comercial y publicitaria, pero esto no es óbice para que el contenido de opinión tenga sus parcelas garantizadas. Felicidades, pues, por cumplir dos décadas y por haber conseguido sobrevivir a la despiadada crisis que hemos tenido que atravesar. Hago votos porque las perspectivas favorables actuales se consoliden, y porque algún día no muy lejano podamos respirar con cierta tranquilidad, si alguien no lo estropea todo. Cosa que pudiera ocurrir, porque en tiempos de turbación no faltan los iluminados.

Dicho esto, y aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, me vienen a las mientes algunas palabras del líder de esa fuerza emergente que se llama Podemos, cuyo ascenso preocupa a tantos, entre los que me incluyo, y por no pocos motivos. Sostiene aquel que los medios de comunicación tienen que estar bajo el control público para garantizar la libertad de prensa y no pueden estar sólo en manos de multimillonarios. Así, como suena. Qué quieren que les diga: cuando un político pone sus ojos en la prensa siento escalofríos. En el caso que nos ocupa, además, el tembleque viene acompañado de perplejidad: ¿o es que el señor Iglesias no ha encontrado su mejor altavoz en cadenas de televisión privadas, propiedades de grandes corporaciones? Lo dice, y se queda tan fresco, quien también ha manifestado que son más importantes las tertulias que los debates en el parlamento. Y quien dirige un programa de televisión, según dicen financiado por Venezuela y por el régimen iraní, sin que nadie les moleste. Por lo demás, ¿serían viables los medios de comunicación ajenos a inversores solventes? ¿Desaparecerían periódicos y emisoras? ¿No caería el idílico Estado que presume el señor Iglesias que nos salvará de todos los males en la tentación de cubrir el vacío que dejarán los medios cerrados?

Yo creo, por el contrario, que el Estado debe alejarse de los medios. Que el control de la información no es un derecho democrático. Que cuando las informaciones o las opiniones son calumniosas corresponde a los tribunales salvaguardar los derechos de los ofendidos. Que la tentación de hacer del Estado un Argos Panoptes, gigante con decenas de ojos, es profundamente antidemocrática. El tiempo del control de los medios, de la censura, felizmente pasó. La prensa, en todas sus variantes, es fundamental en una sociedad libre. En las sociedades en las que la libertad es una apariencia, aquella está controlada, supervisada, sometida a principios legales tan abusivos como el que proclamaba el artículo 12.º del Fuero de los Españoles, cuando afirmaba que "todo español podrá expresar libremente sus ideas, mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado." Esto es, en definitiva, la información supeditada al arbitrio de los poderes públicos.

Qué quieren que les diga. Sin perjuicio de que están en su derecho de proclamar cuanto quieran y de proponer el modelo de Estado que prefieran, tengo para mí que Podemos es una especie de caballo Clavileño, al que hay que subir con los ojos cerrados para no darse cuenta de su artificio. Y eso que ya está todo inventado. No se puede disimular el grano de la madera, y el comunismo no es algo nuevo ni que solucione las cosas, por mucho que lo digan preparadísimos profesores universitarios. Que, como bien dice Vargas Llosa en una de sus novelas, "para ser comunista hay que estudiar mucho". Claro que alguna universidad debería parecerse a la descripción que Dickens hacía de las americanas, en las que, según el genial inglés, ni se creaban fanáticos ni se difundían prejuicios.

Parece que aquellos tiempos del eurocomunismo en los que se pretendía dejar de lado la ortodoxia y acercarse a los sistemas occidentales ya no tienen validez para algunos de hogaño. Qué le vamos a hacer. A quienes de verdad creen en la democracia sólo les queda convencer a un electorado que, quizá como la paloma de Kant se queja del aire que le frena el vuelo, cuando realmente es quien la sostiene en contra de la gravedad (le copio esto a Bieito Rubido) reniega de un sistema que, a pesar de los pesares, garantiza el preciado bien de la libertad. No será fácil luchar contra el hartazgo. Pero es imprescindible.